

cuentes romerías como Dios manda. Las calles solitarias, caldeadas, las casas bajas y terrosas que no dan sombra, sin tiendas ni bullicio. Esto es bueno para recogerse y meditar; pero para dejarse vivir, ver gente, distraerse, gozar con sentir desfilar mil sensaciones vulgares, dejar volar el tiempo, nuestro país. ¿Dónde están aquí las vueltas de romería, oyendo *sansos*, a la caída de la tarde?

Mi corazón es, por fortuna o por desgracia, de carne, y prefiere a esta austera poesía el lirismo ramplón de nuestras montañas.

Estos campos inspiraron a Cervantes, aquí se comprende el espíritu más recóndito de esa epopeya tristísima que hacía llorar al humorista Heine, poema en que la realidad y la vida aparecen tan pequeñas, y la locura y la muerte tan grandes. Aquí concibo al gimnosofista absorto en la contemplación de la punta de su nariz, o, lo que es lo mismo, al metafísico con su mente perdida en la enmarañada esencia del ser abstractísimo. Pero aquí no vive el hombre enamorado del santo suelo, que en la actividad busca remedio al reuma del espíritu, que aporta cada día una pajita a su nido, que goza con la vida de mañana.

Este campo y este cielo me abruman, y me parece que me arrancan de mí mismo; me entran ganas de exclamar con Michelet: ¡mi yo, que me devuelvan mi yo!

Nosotros hemos nacido para la lucha, no para abismarnos en las profundidades recónditas de un sentimiento quintaesenciado.

El vascongado gusta del movimiento, la agitación y el cambio, del baile y del juego de azar. Yo no comprendo la apatía de esta gente: ¿quién sabe si al fin de todo nos hallaremos con que éstos dormitan en el vacío y nosotros sonambulizamos en él?

Esto es algo grande, severo, pero es algo que, como las *sublimidades* de la ontología, me deja re-